

El Parque Científico: creando cultura

Ángel Ferrández Izquierdo

Es conveniente recordar que la tan cacareada Estrategia de Lisboa se pergeñó en marzo de 2000, con ocasión del Consejo Europeo celebrado en esa ciudad, para recuperar el retraso –principalmente tecnológico- que la Unión Europea tiene con respecto a sus principales rivales directos, EEUU y Japón. En la tierra de los fados, se estableció el osado y ambicioso objetivo decenal de “hacer de la UE la economía basada en el conocimiento más dinámica, competitiva y sostenible, en la que se goce del pleno empleo y de una cohesión económica y social reforzada”. Siete años después, y tras invertir ingentes cantidades de euros en pos de tal anhelo, norteamericanos y japoneses a duras penas ocultan una sonrisa tan interesada como burlona.

Los continuos informes y comunicados de las comisiones de seguimiento mantienen como constante que la Universidad es el elemento esencial para conseguir los objetivos de Lisboa, pues se supone un cambio drástico del modelo económico europeo en los dos decenios venideros. Las previsiones apuntan a que el crecimiento y la protección social dependerán cada vez más de las industrias y los servicios que exigen un alto nivel de conocimientos, y un número creciente de empleos requerirán cualificación universitaria. Pero también se tiene muy claro que las universidades europeas, hoy, no están en condiciones de poner todo su potencial al servicio de la estrategia de Lisboa.

Desde todos los frentes se viene insistiendo que Europa debe reforzar los tres vértices de su triángulo del conocimiento, a saber, la educación, la investigación y la innovación, y en cada uno de ellos la Universidad desempeña un papel decisivo. Invertir más y mejor en la modernización y la calidad de las universidades significa invertir directamente en el futuro de Europa y de los europeos.

Todo el mundo sabe –aunque poca gente lo pone en práctica- qué es educación y qué es investigación, pero existe gran desconocimiento con respecto a la cultura de la innovación. Este concepto, nada nuevo, irrumpió con inusitada fuerza en la jerga política, económica y social en las dos últimas décadas del siglo pasado debido, esencialmente, a las revoluciones en torno a los fulgurantes éxitos de las tecnologías de la información y las comunicaciones. Brevemente, por innovación se entiende la producción, la asimilación y la gestión con éxito de la novedad en los ámbitos económico y social.

Sólo el 21 % de la población de la UE en edad de trabajar tiene estudios universitarios, una cifra muy por debajo de las de los Estados Unidos (38 %), Canadá (43 %), Japón (36 %) o, incluso, Corea del Sur (26 %). En Europa se considera la enseñanza superior un bien público, pero las matriculaciones han sido más numerosas y crecen más rápidamente en otras partes del mundo, gracias sobre todo a una financiación privada mucho más fuerte. La UE, con un promedio de matriculaciones del 52 %, se sitúa ligeramente por encima de Japón (49 %), pero por detrás de Canadá (59 %) y a una gran distancia de los Estados Unidos (81 %) y de Corea del Sur (82 %).

La UE cuenta con un mayor número de licenciados en los ámbitos científicos y tecnológicos y de doctores en general, pero sólo da empleo a 5,7 investigadores por cada 1.000 asalariados, una cifra ligeramente por debajo de las de Canadá y Corea del Sur, pero muy inferior a las de los Estados Unidos (9,3) y Japón (9,8). Los más recientes estudios centrados en la investigación, aparte de un par de universidades británicas, entre las veinte mejores universidades del mundo no figura ninguna de la Unión, mientras que son

relativamente escasas las que se sitúan en los primeros cincuenta mejores puestos de la clasificación. Gracias a su rápido crecimiento, las universidades asiáticas, tanto públicas como privadas, rivalizan ahora con Europa, y con los Estados Unidos, en lo que respecta al número de doctorandos en ciencia y tecnología.

Los sistemas de educación europeos, mayoritariamente caracterizados por el “café para todos”, han logrado un más que dudoso éxito: la uniformización de la calidad docente media de las universidades. Sin embargo, esa falta de singularización es igualmente fuente de no pocas carencias, siendo la más lamentable la del escaso número de centros de excelencia de nivel mundial que existen en Europa y el poco estímulo que tienen las universidades a la hora de explicar en su propio país y en el extranjero el valor específico de sus aportaciones a la sociedad.

Si los males están claros, se asumen y se quieren sanar, los remedios son tan conocidos como sencillos; sólo basta querer aplicarlos.

Ángel Ferrández Izquierdo es catedrático
de la Universidad de Murcia